**Pelota dividida, Etnografía sobre fútbol en el "interior" argentino**

Esta ponencia deriva del trabajo final de grado de la licenciatura en sociología titulado: “Pelota dividida, identificaciones en las hinchadas de futbol de monte buey”  
La misma propone un análisis desde el deporte hacia la realidad local de la capital nacional de la “siembra directa”, en Monte Buey, pueblo del interior cordobés, indagando hacia nuevas territorialidades el fenómeno global del futbol.  
A partir de un trabajo etnográfico, se esboza el campo social del futbol como un importante espacio de socialización y configuración cultural en estas latitudes, donde se ponen en juego las identificaciones, motivadas por racialidad, clase, género y edad, propias.  
En este recorrido se ponen en relieve las relaciones entre las hinchadas de los dos clubes de futbol locales, San Martin y Matienzo. Al “agro negocio” y los marcos territoriales propios como trasfondo estructurante de desigualdades que se reconstruyen en los entramados culturales en cuestión propiciando divisiones y jerarquías.  
La “cultura del aguante” aparecerá como variable con sus particularidades locales, en las estrategias de las hinchadas para posicionarse en los marcos culturales locales, transitando límites de legitimidades y violencias.  
La pelota dirime disputas que van más allá de la idealizada igualdad de competencia perfecta del deporte moderno.

“y bueno, hay que apoyar a los clubes del pueblo… ¡bah! en realidad nadie de Monte Buey hincha por el otro club, nadie de Matienzo quiere que gane San Martin y viceversa”

Hincha de Matienzo, entre mates antes de salir de viaje para seguir a su equipo

Monte Buey es un pueblo del sudeste de la provincia de Córdoba, en lo que se conoce como a región central de Argentina. Esta zona mediterránea con muchos ríos, comprende una llanura extensa propicia para la agricultura a en gran escala. Monte Buey es reconocido como capital nacional de la “siembra directa” practica asociada a este tipo de producción. En Monte Buey, existen dos clubes de futbol, Matienzo Y San Martin. Aunque no aparezcan ni por asomo en los planos importantes del futbol nacional, son cuestiones de vida o muerte para los habitantes locales que pueden no hinchar por un club “grande” o “de primera” pero se desvivirán por ver ganar a su querido club local.

El pueblo de siete mil habitantes, se encuentra “partido”, por las vías del ferrocarril conformando un “lado” Norte y uno “Sur”. Desde la misma fundación del pueblo se fue conformando esta diferenciación que suscito perspicacias.

El territorio monteboyenses se construye a partir de una división y un conflicto que atraviesa la socialización de todos los espacios. El futbol, con la posibilidad de competir en un campo de juego, pudo convertirse en uno de los focos de identificación para llevar adelante la disputa. Una rivalidad que no empieza, ni termina adentro de la cancha, sino que recorre toda la vida social.

Vivir en Monte Buey es saber en dónde estás ubicado, si del lado de San Martin o de Matienzo, y qué hacer con esa identificación.

Este contexto será sustancial para dar cuenta de las categorías identitarias en las que se recrean las “hinchadas”; aquí se ponen de manifiesto tanto los relatos que las sustentan como los procesos en las que se ponen en juego.



Los escudos de los clubes en cuestión con sus respectivos nombres y colores. El “albiceleste” y el “tricolor”, los emblemas de diferenciación. Uno con los colores “Patrios”, otro con los propios de la aviación. El River-Boca monteboyense no escatima en pasión.



*Clásico en “El matadero” (cancha de san Martín). Año 2016. Se pueden diferenciar camisetas “titulares” de ambos equipos. San Martin, franjas verticales celestes y blancas. Matienzo tres franjas: rojo, blanco y azu*

**El futbol del “interior”**

El futbol existe en la urbanidad, desde la Inglaterra industrial del siglo XIX. Desde entonces, se desarrolla y esparce por el mundo occidental en expansión, disimulando cualquier frontera, pero ¿existe un futbol más allá de las grandes ciudades? Hay un terreno inexplorado que no aparece en el mapa del futbol, que aporta a la concentración demográfica, simbólica y económica a la que el país acostumbra.

Más allá de la capital, el futbol no solo que existe y se juega, sino que se construye a la par de la creciente urbanidad, proponiendo significados que quizás innovan en cuanto a trascendencia. La cultura del futbol se hace y se vive en las pequeñas urbanidades del “interior” del país, en una fusión que la ubica en el centro de la escena, articulando importantes aristas del orden social.

En Argentina la capital nacional presenta diferencias y desigualdades con el resto del pais en casi todos los órdenes. En el lenguaje común, estos territorios se diferencian como “capital” y el “interior”, dividiendo dos grandes mundos bastante diferentes que conviven en la construcción cotidiana de la nación.

Mientras que la capital, Buenos Aires, se distingue por su desbordante oferta cultural, y la centralidad de todo lo administrable, “dios está en todos lados, pero atiende en Buenos Aires”, el interior del país aparece en el imaginario como un territorio culturalmente “atrasado” que tiene mas que ver con otras épocas, con la pampa y la inexistencia de globalidad. La densidad de población de este sector es por demás escaza.

Los clubes de futbol se centralizan especialmente en la capital, donde concentran la gran mayoría de clubes barriales, y principalmente los profesionales, del país. La gran mayoría de los equipos conocidos de Argentina se asientan en la ciudad capital, algunos en la provincia de Buenos Aires y escasos equipos en el “interior”.

El futbol en estas latitudes no es difundido por los medios masivos de comunicación, ni forma parte de los negocios de las grandes marcas y hasta esta menos inserto en la competitividad nacional.

Este lado “B” del futbol argentino, igualmente, no está exento de muchas transformaciones y un crecimiento que lo hacen aparecer como una actividad de “ocio” ya tradicional pero a la vez como una opción productiva en las economías locales.

La producción, circulación, distribución y consumo de los recursos materiales es un asunto de los más debatidos en el ordenamiento de las sociedades y sus distintos grupos. Las transformaciones en las formas de producción suelen trastocar todas las condiciones materiales que estructuran una población. Las entidades deportivas están sujetas a la toma de decisiones en estos ámbitos, ya que al proponer sobre los espacios de “ocio” de la población, son un factor de transformación importante.

Como bien proponen Elias y Dunning (2021), el “ocio” no es una esfera separada del trabajo, sino que es un tiempo que se hace cada vez más productivo, no solo en proporcionar ejercicio físico a sociedades cada vez más industrializadas, sino también en la “educación” de las emociones. Los deportes contemporáneos se han vuelto, cada vez más, herramientas productivas, complementarias al tiempo de trabajo que hacen que este sea mejor aprovechado.

Es por ello que las decisiones de los clubes, no son ajenas a las necesidades de una sociedad productiva, invertir recursos en el ocio se ha vuelto una constante para cualquier miembro de la sociedad, proponer esas actividades y administrarlas es central en la vida social moderna.

Es por ello que las decisiones de los clubes, no son ajenas a las necesidades de una sociedad productiva, invertir recursos en el ocio se ha vuelto una constante para cualquier miembro de la sociedad, proponer esas actividades y administrarlas es central en la vida social moderna.

En Monte Buey, la actividad productiva de mayor importancia es la agricultura y en segundo lugar, aunque bastante más desplazada, la ganadería. Esta actividad es entendida como “motor productivo del país”, ya que, al obtenerse un producto exportable al comercio internacional, genera ingresos que sirven al desarrollo progresivo de otras actividades. El estado nacional se fundó sobre un modelo “agroexportador” que se basaba sobre esta idea. Además, se le carga un prestigio característico, ya que, por la posición adquirida en alguna época, nuestra nación fue denominada “granero del mundo” haciendo referencia a la potencia de su agricultura.

La pampa húmeda, denominación que recibe el territorio del centro del país, sufrió transformaciones que modificaron notablemente el paisaje y la vida social, a raíz de cambios en su modelo productivo. Los amplios llanos sin fronteras, que eran en un principio poblados por animales para el consumo, fueron dando paso a un proceso de agriculturización y de posterior industrialización en el sistema. Al mismo tiempo, paso de ser una actividad de subsistencia del campesinado, a una actividad reproductora de excedentes y capital del empresariado (Gras, 2013); (Albadalejo et al., 2009).

Los cambios, que favorecieron este proceso, comenzaron con el incremento de la productividad agrícola desde principio de la década del ´70, en nuestro país y que se intensifica con la creciente tecnología vinculada al agro, llamada “revolución verde”. Nuevas maquinarias eran combinadas con innovadoras prácticas, e insumos químicos eran factores claves de un paquete tecnológico que ahora incluiría una doble cosecha anual gracias a las nuevas semillas. El incremento del volumen producido añade más rentabilidad en cada unidad productiva, aunque siempre se encuentra esto ligado al comercio internacional, que establece los precios de una actividad del tipo de “competencia perfecta”.

Esto se intensificó en los años ´90, con la disolución de los organismos estatales que regulaban el comercio, por ejemplo la “Junta Nacional de granos” y la posterior autorización para la introducción de semillas genéticamente modificadas. En 1996, aparece la soja transgénica que desplazará a otras especies para instalarse como “monocultivo”, dada la eficacia y los mayores excedentes.

Monte Buey tuvo un rol vital en este proceso, por lo cual es reconocido como capital de la “siembra directa”. Una práctica agrícola que propone la “labranza cero”, que protege el suelo favoreciendo, entre otras cosas, la conservación de humedad, pero además beneficiando aún más la reducción de costos en la actividad.

El fin del plan de convertibilidad en los comienzos del nuevo milenio planteó un escenario económico que favorecía a los productos exportables como los cereales y oleaginosas. La soja, que poco a poco cubrió todo el territorio cultivable de la pampa húmeda y modifico el territorio en todos sus aspectos, es la protagonista de una economía nacional cada vez más dependiente.

Estos cambios no solo transformaron los territorios propios, sino que permitieron la expansión de la frontera agrícola, que llevo a desarrollar la actividad en lugares donde anteriormente era impensado, desbordando la frontera de la pampa húmeda hacia nuevas latitudes. La combinación de los factores anteriormente desarrollados hizo al “boom de la soja” provocando el interés de invertir en un negocio que resulta cada vez más rentable.

Los enclaves familiares fueron reconvirtiéndose, los crecientes costos en tecnología y distintos productos necesarios para maximizar la producción favorecieron a los grandes productores que podían afrontar las inversiones. Proponiendo un nuevo lenguaje y una nueva concepción del sistema, el nuevo modelo empresarial comenzó a hablar de “comodities” o “especialities”, dejando de lado la producción en pequeña escala para dar paso a los “pools” de siembra, incluyendo una cotización en la bolsa de capitales.

Este proceso se configuró como una transformación de la agricultura familiar hacia el llamado “agro negocio”, que derivó en una “agricultura sin agricultores” (Giarracca & Teubal, 2005)También, según otros autores, se constituyó como un modelo extractivista (Hernández, 2007), (Gudynas, 2015), insertándose en cadenas de producción internacionales como “enclaves globales”, que hacen a la circulación dinámica de recursos hacia los centros industriales para la producción, contribuyendo solo a alimentar problemas ambientales en las zonas de extracción.

Las poblaciones de la región pampeana, como las del caso de estudio, son los sectores más afectados, ya que hay una transformación territorial que pone en tensión las categorizaciones entre los mundos urbanos y rurales. Muchos de los pequeños productores ya no trabajan sus tierras, casi en su totalidad los habitantes del “campo” pasaron a vivir al “pueblo”, formando parte de la dinámica relacional del mismo. Este proceso genera que grandes volúmenes de ganancias circulen en las mismas localidades donde se asientan. El mayor crecimiento demográfico y la intensificación del trabajo del sector urbano hacen, entre otras cosas, al cambio de relaciones sociales de sus habitantes.

Los tiempos de “ocio” se modificaron, las familias rurales que trabajaban casi todo el día en la reproducción de su vida material, produciendo sus propios alimentos, se volcaron cada vez más al consumo de productos industrializados, así también los espacios rurales de ocio se desintegraron en la propuesta de las industrias culturales y las propias lógicas ociosas del “pueblo”.

**Hinchadas**

Las comunidades de *hinchas* de ambos clubes en cuestión tienen tantas semejanzas como diferencias, unidades como divisiones, amores y desamores que dan cohesión a lo colectivo en una diversidad poco frecuente en estos lugares. Las hinchadas de futbol contienen una diversidad muchas veces anhelada por otros partidos, se vive la “alianza de clases”, frase recurrente en la argentina desde la existencia del peronismo.

En este caso, ubicando el foco en los lugares desde donde los sujetos se construyen como tales, se pueden entender similitudes en cuanto a la figuración de *familia*, una estructura de relaciones normalizada y aceptada, al mismo tiempo conflictuada, donde se da y se recibe, se espera y pide según cada posición.

La experiencia de formar parte desde estas *hinchadas* es figurada desde la dinámica *familiar*, así se entienden y desde allí se construye un sentido de pertenencia que se regula respetando “jerarquías y reciprocidades”, principalmente, relacionadas a la edad y al género.

La familia patriarcal se vuelve imagen de un orden asimétrico que promueve el papel de hombres “proveedores”, solapando la producción de mujeres que cuentan con nula participación en la toma de decisiones; sobre el *pibe* travieso existe una regulación de permisividad ajeno a *pibas* y adultos. Se promueven lazos de confianza y solidaridad que no necesitan mayor racionalidad que el sentimiento de ser parte.

En el mismo complejo de relaciones, aparece el cuestionamiento desde la clase, prefigurada como color y territorio propio, proporcionando posibilidades y límites que hacen corresponder a cada sujeto con sus espacios de producción simbólica dentro de la *familia*. Los estigmas y percibimientos sociales se materializan en experiencias de clase que confluyen en el club, como oportunidad o amenaza al prestigio.

**La Familia**

El colectivo *hinchada*, en el cual inciden relaciones de familiaridad y cercanía, por conocerse ,al menos, *de vista -*algo muy relacionado a la territorialidad antes expresada, pero también con las experiencias propias del espacio del club-, se entiende a sí mismo como *la familia*, ya sea *tricolor* o *albiceleste*. Con un sentido de pertenencia y permanencia en el entramado relacional del propio grupo, se diferencia de los “otros”. Este reconocimiento del colectivo por parte de sus mismos actores es una construcción de una realidad que describe y prescribe un grupo, junto con sus formas de socialización, un “espíritu de familia” (Bourdieu, 1997)

Este grupo logra una cohesión propia a partir de relaciones que se construyen en la socialización interna, pero a la vez se conjuga con otras formas de relación propias de otros espacios, dado que estamos situados en un pueblo, donde la familiaridad, es algo constante: las personas y los lugares, más o menos conocidas, se reiteran.

Los diferentes territorios, posicionamientos sociales y jerarquías ya institucionalizadas son difícilmente disipados, ya que logran reconfigurarse para aportar al grupo de identificación. Aquellas características que necesiten ponerse en valor, son resignificadas siempre positivamente para la integración de un grupo propio en la *hinchada*.

Es por ello que hay una división de grupos internos que se construyen a partir de procesos identitarios, que ponen en juego diferentes dimensiones para reconstruirlas, como son la clase, el género o la edad. De este modo, pertenecer al grupo de jóvenes puede entenderse como una forma de construir la juventud, o como una forma de practicarla. Del mismo modo, ser *dirigente* es algo más relacionado a la adultez y un símbolo de madurez, donde, por ejemplo, se deja de lado el *bardo*.

Así, los pibes, las pibas, o madres y abuelos “hacen” al club a partir de acciones que le son propias y que les “corresponden” en esa división intrínseca, al pertenecer a la *familia albiceleste* o a la *familia tricolor*. Del mismo modo, esas acciones tienen una correspondencia con categorías identitarias, un juego de sentido que se manifiesta en el proceso mismo de vivir. Hacen al club, al mismo tiempo que se hacen a sí mismos.

En un primer análisis, como rasgo general, se puede destacar una división sexual del trabajo (que deviene del imaginario de familia moderna), donde en la lógica patriarcal binaria, primeramente, la mujer se encarga de “lo privado” y de labores no remuneradas, como el lavado y acondicionamiento de uniformes. Por su lado, los hombres se lanzan a la toma de decisiones, la provisión de recursos y espacios de exposición, como cargos dirigenciales o director técnico.

Además de la división sexo-genérica, hay una división etaria según lo esperable, procesos en los que ser niño, joven, adulto o viejo implican diferentes límites de posibilidades. Lo esperable es no saltearse los segmentos, una trayectoria demarcada.

La institucionalidad de la familia, figura primera de la socialización, hace prefigurar en el universo futbolístico esta relación. El universo propio de significados de un club da a llamarse *la familia* y, al mismo tiempo, facilita tareas o roles en consonancia con esa figuración, algo que puede interpretarse, en el último tiempo, de diversas maneras, pero que lejos está de romper los esquemas fundacionales, por ejemplo, la antigua *subcomisión de damas* se mantiene vigente años por fuera de los roles resolutivos que solo incluían varones.

En este recorrido, entran en juego los roles dirigenciales, cierto paso de ser *hincha* al *dirigente*, que es un proceso para nada estanco, por demás diverso, donde se exploran y conocen nuevos ámbitos que permiten un cambio de perspectiva que el *hincha* no experiencia cotidianamente. Acceder a estos espacios son situaciones que no atraviesa una mayoría de *hinchas* y que además está más al alcance de algunos que otros.

En las trayectorias y heterogeneidades internas es donde se expresan otras categorías, que se construyen hacia otros grupos, tanto propios como foráneos, disputando sentidos en torno al prestigio y las formas de ser *hincha*.

Estas representaciones serán expuestas en el repertorio de acciones llevadas adelante en torno a la *hinchada* de futbol, donde cada actor discute, *alienta*, exhibe u oculta acciones, dependiendo de los sentidos propios de su grupo y en relación a una situación que involucra al resto de actores presentes.

**Comparando categorías: la teoría sobre “hinchas”**

En la bibliografía sobre esta temática, se acostumbra a pensar a la hinchada en tres fracciones diferentes, que dadas sus prácticas y sentidos construidos conforman sujetos diferentes entre sí. Estos “tipos ideales” (Weber, 2012)que dividen al sujeto hincha son las categorías de: “hinchas comunes”, “hincha Militante”, “Barra brava”(Archetti, 1985).

En la primera categoría, se engloban espectadores que solo van a la cancha a seguir el partido, sin mayor compromiso que el de adhesión a un equipo. El “hincha militante” está vinculado a la organización de ciertas cuestiones, asumiendo tareas vinculadas al aliento, al club, al traslado a otras ciudades o planificación de eventos (Archetti, 1985).Las “barras bravas” son grupos de hinchas organizados para el aliento, que hacen de la violencia su carácter distintivo, disputando el “aguante” como bien simbólico que las legitima.

Estas categorías tienen sentido en el territorio donde fueron pensadas y, si bien varían mucho con los sujetos que podemos construir en el campo de estudio, no dejan de tener poder comparativo, como también performativo, de cómo actúan y se entienden los sujetos de las hinchadas monteboyenses.

La categoría más cercana a las hinchadas del caso es la de “hincha militante”, ya que nadie esta tan exento de lo organizativo, ni tan alejado de la construcción del espectáculo durante toda su experiencia en el club. Las fronteras relacionales se traspasan constantemente, aunque, situacionalmente, se puede entender a simpatizantes que solo van a la cancha o que no asuman otras tareas de los que se juntan antes a preparar el aliento. Desdibujando esta frontera entre “hinchas-comunes” o “militantes” será también plausible la figura del “barra brava” como imagen, ya que en el campo no existen como organización en los términos asumidos en la academia, pero si una corporalidad y estética similar.

Estas categorías, además, aparecen mixturadas con otros actores que no son entendidos como “hinchas” en esa categorización, pero, en este caso, si pueden ser entendidos dentro de ese colectivo, los dirigentes. En el caso en estudio, alrededor del mundo del futbol, todas y todos son hinchas, ya que no solo se sienten parte de la misma comunidad de hinchas, sino que también comparten los mismos espacios, experiencias y trayecto, incluso durante el encuentro deportivo.

La dirigencia incluye, en la mayoría de los casos, una trayectoria como hincha, aunque no necesariamente. La dirigencia se transforma, se proyecta hacia nuevos roles y experiencias, se pertenece a un grupo más reducido y se deja de pertenecer, nunca se deja de ser hincha.

Sentirse hincha es la condición para sentirse parte de la comunidad que son los clubes de futbol, como las personas (en su mayoría ancianas) que siguen el partido desde la radio en sus casas, siempre pendientes. El reverso es la gente que no se identifica con el futbol, dice no ser hincha del futbol, pero si simpatizar y participar de otras actividades del club, o directamente se declara hincha de otro deporte.

Se entiende como dirigente quien toma tareas institucionales, en relación al futbol y que forma parte de la toma de decisiones en estos espacios, perteneciendo a la “subcomisión de futbol mayor”. Por ello, está vinculado a un “transito”, se puede estar un tiempo, se pueden asumir cargos directivos por periodos, solo algunos sostienen estos roles durante un largo tiempo y se asumen dirigentes.

Los días de partido, este grupo desarrolla las tareas más importantes y necesarias para la actividad, como la logística de viajes, planillar, recibir a los árbitros o efectuar pagos, entre otras. Para las mismas pueden convocar a otros hinchas.

Las categorías son bastante más laxas, principalmente, porque las trayectorias o recorridos para pasar de una a otra, o para ser, por ejemplo, dirigente, no son tan disimiles ni necesitan demasiado tiempo de adaptación. En este sentido, se puede decir que no se necesitan años de experiencia política o de pertenencia a una “clase política” para ser dirigente.

El “hincha común” del “hincha militante” nunca estuvieron tan distanciados, pero en este caso, hasta sentirse “Barra”, puede ser una categoría situacional, de algunos partidos, de algunos momentos, de ir o no a alentar con *la banda*[[1]](#footnote-1).

**La división del trabajo en la “hinchada”**

Para comenzar el análisis, me parece importante destacar que en la institución en general tiene un rol muy importante la edad o cómo se entienden las categorías etarias. De los niños y niñas solo se espera que jueguen, su participación se limita a ser jugador o jugadora del club. De las y los jóvenes se espera participación institucional, pero difícilmente serán entendidos como dirigentes, por eso se facilita mucho ser “hinchas militantes”. Los adultos varones tienen el acceso más permitido a los cargos dirigenciales, y cierta presión a involucrarse en algún momento, pero también la permisividad de alejarse del entramado institucional para ser solo hinchas. Las mujeres no tienen accesos a cargos, principalmente en el futbol masculino, no así en otros deportes.

La categoría de “barra brava”, si bien puede acercarse a ciertas figuras de “organización del aliento” y al “Monopolio de la violencia física en la hinchada”, los grupos que se acercan a esta performatividad no están asociados a la distribución de bienes económicos, como las “barras” descriptas en los estudios precursores. No hay ganancia económica, ni organizaciones jerárquicas institucionalizadas, aunque si una disputa por el prestigio que otorga la posesión de “aguante”. Tampoco hay una constancia en su presencia como en las “barras bravas” del futbol argentino, si bien pueden lograr momentos de sostenida participación, no asisten como grupo en todos los partidos, si en los importantes o definitorios, como clásicos o instancias finales. Más que barras podrían entenderse como “Hinchas militantes del aliento”.

También destacó que las categorías varían en cada club. En la organización más cohesionada y estable del club Matienzo, son más claros y estables los roles, sobre todo los dirigenciales. Por el otro lado, se hacen más difusas las categorías de diferenciación del club del sur, sin tantas restricciones ni fronteras de entrada o salida de grupos o roles institucionales.

Sin embargo, ambos colectivos, presentan identificaciones similares en cuanto a sus divisiones internas, que responden a categorías propias que se ponen en juego al pertenecer a la familia.



*La banda albiceleste desplegando carnaval en la tribuna central de su cancha, partido nocturno. Foto aportada por hinchas*

**El “bardo”, la risa**

La violencia organizada, explicita e instrumental de las barras bravas no forma parte de los grupos por estos lugares. Los presuntos negociados que siempre persiguen a los grupos de aliento aquí son insospechados. Las peleas cuerpo a cuerpo tampoco son moneda corriente atrás del alambrado de las canchas, ni los días de partidos ni otros días. No hay tiros ni ajustes de cuentas. El mundo criminalizado del delito “barrabrava” no es ni siquiera sospechado por aquí sin embargo la problemática de la violencia es siempre un “problema social” y los estigmas sobre los violentos resultan caer siempre sobre los mismos.

“¡*Esto no es la escuela! ¿Viste que cuando estabas en la escuela te decían ‘esto no es la cancha’?, bueno, ahora estamos en la cancha*” (Hincha de San Martin fomentando el “Bardo”)

Si se puede hablar de estigmas construidos, se debe a un grupo de hinchas referenciados con la “violencia”, ya que su repertorio cultural es performático del sujeto “barra brava”, y que tiene lugar en la *hinchada* de San Martin.

Hay diferencias sustanciales entre las bandas organizadoras del *aliento*, no solo por una situacionalidad que los hace figurar como “culpables” de las suspensiones y violencias, sino también, por una combinación de trayectorias que convierten a estos sujetos en un grupo que no merece confianza o que es incapaz de vivir bajo normas acordadas por el resto.

Son quienes, generalmente, están dispuestos a tensionar el “umbral de violencia” y sobrepasarlo por el mismo repertorio que tiene que ver con el “aguante”, pero también con el “bardo” (Kessler, 2004). Mejor dicho, si bien el “aguante” es importante relacionalmente por posicionarte frente a otro, y “pelear*”* es una acción tan exhibida como valorada en esta lógica, no es algo recurrente en el caso que se está abordando, de hecho, en el trabajo de campo solo se observó un enfrentamiento directo con otra *hinchada*. Más bien, hay una recurrencia que hace a la dinámica grupal más relacionada a lo que Kessler propone como “bardo”, en el estudio del “delito amateur”, y que se conforma como categoría que ordena la experiencia vivida de *la banda* como grupo de identificación, que genera una sociabilidad propia encontrando en *la cancha* un lugar de posibilidad, como también se evidencia en “Qué la cuenten como quieran. Una etnografía sobre el devenir barra” (Cabrera, 2012).

“Se trata de una disrupción de las reglas de convivencia comunitaria, tanto de tipo delictivo como no delictivo” (Kessler & Luzzi, 2004, p. 69)que no contempla otra finalidad que la diversión, reírse; un cúmulo de experiencias muy ligadas a la excitación, que propone trasgredir normas por la emoción que produce, escapando a las consecuencias que los actos puedan producir. Algo que se disfruta al hacerlo tanto como al contarlo, una quijotada de la risa que va más allá de las normas morales. En estas acciones se incluyen las *peleas,* tanto internas como con otros grupos: consumir sustancias, tirar bombas, arrojar objetos a la cancha u ocupar lugares vedados.

Esta banda, promueve la risa y la diversión aun en los momentos más decadentes del ánimo. En el aislamiento por la pandemia, en los 0 a 0 sin tiros al arco, es donde el centro de atención se desplaza de los lugares centrales hacia la creatividad y la inventiva de estos muchachos.

Mientras toman vino, y fuman porro[[2]](#footnote-2) están pensando en llamar la atención con algún grito, interpelando a la hinchada contraria, tienen charlas eternas con el juez de línea, aunque generalmente las frases mas recordadas son las que salen sin pensar, respondiendo en el momento exacto que algo sucede.

En las canchas de la liga, en las que acuden unas 600 u 800 personas promedio por partido, casi todo grito se escucha, esto hace que se oiga el recitado de la hinchada, la burla a tiempo y el chiste rápido desde cualquier esquina del estadio. Las risas posteriores también se escuchan y resuenan motivando a *la banda* a seguir con su performance de aliento y alegría.

Casi la totalidad de las practicas de *la banda* tienen que ver con divertirse, son jóvenes aburridos en un pueblo de siete mil habitantes que no tiene mucho para ofrecer en matar ese tiempo muerto que dejan los trabajos precarios, el cansancio de los trabajos físicos, la escuela abandonada, el fin de semana sin espacios para sacudir la energía acumulada.

El “bardo”, la risa y hasta las peleas tienen que ver más con el aburrimiento (Ferrel, 2004), que con la demostración de poder, con el control de una zona o con mercados ilícitos. Las peleas son mas propias de los jugadores dentro de la cancha, de otros hinchas, de entrenadores y dirigentes en la pretensión siempre inexacta de justicia, esa pretensión que el deporte propone pero que difícilmente se cumpla.

**Bibliografia**

Archetti, E. (1985). Fútbol y ethos en Monografías e Informes de Investigación. *Serie Investigaciones*, *7*.

Bourdieu, P. (1997). Espíritu de familia. *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*, 126-138.

Cabrera, N. (2012). *Violencia e identidad en una hinchada de fútbol:“sólo para entendidos”*. Universidad Nacional de Villa Maria.

Elias, N., & Dunning, E. (2021). *Deporte y ocio en el proceso de la civilización*. Fondo de cultura económica.

Ferrel, J. (2004). Aburrimiento, crimen y criminología. *Theoretical Crimínology,* *8*(3), 297-302.

Giarracca, N., & Teubal, M. (2005). *El campo argentino en la encrucijada: Estrategias y resistencias sociales, ecos en la ciudad* (Vol. 58). JSTOR.

Gras, C. S. (2013). *Expansión agrícola y agricultura empresarial: El caso argentino*.

Hernández, V. A. (2007). El fenómeno económico y cultural del boom de la soja y el empresariado innovador. *Desarrollo económico*, 331-365.

Kessler, G., & Luzzi, M. (2004). *Sociología del delito amateur* (1a ed). Paidós.

Weber, M. (2012). *Ensayos sobre metodologia sociologica*. Amorrortu.

1. La banda, es el grupo de hinchas mas vinculadas al aliento y el “bardo”. Quienes mas incurren en trasgredir normas [↑](#footnote-ref-1)
2. Cigarrillo de Cannabis en Argentina [↑](#footnote-ref-2)